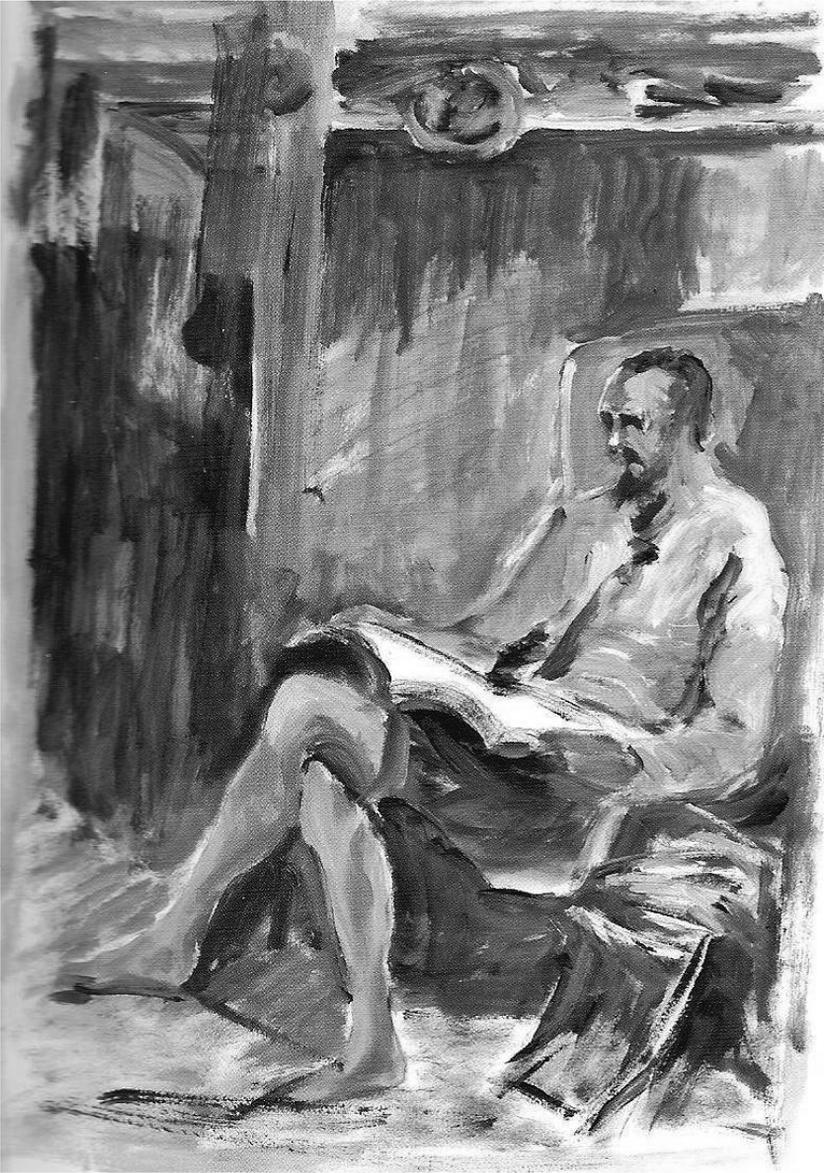


Parte I

EL CABALLERO
DE LA TRISTE FIGURA



Capítulo I

*Esta es la presentación
del hidalgo don Quijote
que allá en la Mancha nació.*

EN un lugar de la Mancha,
del que no quiero acordarme,
no ha mucho tiempo vivía
hidalgo más que honorable.
Poseía el tal hidalgo
un rocín de pocas carnes,
y un galgo muy corredor
que sacaba por las tardes
en busca de alguna pieza
con que sobrealimentarse,
pues la comida diaria
no es digna de mencionarse,
ya que duelos y quebrantos,
lentejas y otros brebajes
eran, junto a poco más,
los sus mejores manjares;
y además, echando cuentas,
se llevaban buena parte
del valor de la una hacienda
que heredara de su padre.
Solía vestir el hombre
un buen sayo de velarte,
unas calzas de velludo
y hasta vellorí elegante

Tenía un ama en su casa
que de cuarenta pasase,
y una muy joven sobrina,
que le hacía de ayudante
y no pasara los veinte
desde que al mundo llegare.
Él rondaría cincuenta

por detrás o por delante;
su complexión era recia,
aunque enjuto como nadie;
gustaba salir de caza
y temprano levantarse,
de sobrenombre Quijana
o apellido semejante,
que de esto existen versiones
que ahora no nos atañen.

Los ratos que estaba ocioso,
muchos por lo que se sabe,
se daba en leer los libros
de caballeros andantes,
con tal gusto y devoción
que incluso llegó a olvidarse
de su afición por la caza,
y, así mismo, descuidase
los asuntos de su hacienda,
al punto que le llevare
a vender algunas tierras
para con ello comprarse
los libros que en poco tiempo,
de manera irremediable,
lo convirtieron en loco,
en un loco de remate.
Todos los llevó a su casa
y con ellos fue a encerrarse,
y los leyó con fervor;
y empezaron las señales
que nos daban a entender
que no estaba en sus cabales.

De todos los que leyó
aquéllos que más gustare
fueron los de Feliciano,
de Silva se apellidase,
porque gustaba en leer
en algunas de sus partes
textos más que enrevesados
por muy pocos descifrables,

y que ni el mismo Aristóteles
podría desentrañarles.
No estaba muy convencido
que las heridas y ultrajes
que don Belianís sufriera
de manera tan constante,
no dejaran en su rostro
más que ostensibles señales,
pero alababa al autor
por ser tan perseverante
y prometer concluir
la aventura inacabable,
y muchas veces, él mismo,
el final pretendió darle,
si otros mayores proyectos
a un tiempo no le estorbasen.

Con el cura del lugar
tuvo competencia grande,
y también con el barbero
disputas interminables,
pues a los unos y al otro
no había quien apease
sobre el mejor caballero
que en todo el mundo se hallare:
para el cura Palmerín
sería el más importante,
para el barbero el del Febo
no tenía contrincante,
pero Amadís, nuestro hidalgo,
lo juzgaba inalcanzable.

Leía por las mañanas
y leía por las tardes,
y a resultas de lo dicho
su cerebro se secare,
pues no hay cabeza en el mundo
que sufra los disparates
que en esos libros se dicen
de un modo tan deleznable;
y las luchas que se entablan

nunca habrá quien las aguante,
pues se mezclan caballeros
con enanos y gigantes
y un sinfín de criaturas,
horribles, descomunales.

Del gran Cid decía que era
un caballero notable,
pero le gustaba más
el que venció en Roncesvalles
al encantado Roldán
después de en su pie pincharle;
y también hablaba bien
del gigantesco Morgante,
pues entre los de su casta
era el más bueno y afable.

Rematado su juicio,
parecióle muy importante
convertirse en caballero,
en un caballero andante
yendo a buscar por el mundo
una vida emocionante;
con armas y su caballo
en busca de contrincantes,
de aventuras y otras cuitas
que pudieran confirmarle
como el más grande entre todos
los caballeros andantes.

Buscó entre los viejos trastos
y encontró junto a un estante
unas armas en desuso
de los tiempos ancestrales,
que deberían de ser
de remotos familiares;
limpiólas y aderezólas
dejándolas impecables,
lo que no pudo encontrar
fue celada con encaje,
mas pronto se la industrió
y al morrión quiso aplicarle

celada de un buen cartón
esperando que aguantase
cuchillada de la espada
que él mismo se la asestase,
mas, tras recibir el golpe,
se desbarató al instante;
y volvió a hacerla de nuevo
con barras de hierro estables,
dando así por terminada
tarea tan excitante.

Luego fue a ver su rocín
y poniéndose delante
decidió cambiarle el nombre
y lo llamó Rocinante.
Tanto le gustaba el nombre
que el propio quiso cambiarse,
y en un alarde de ingenio
don Quijote fue a llamarse.

Limpias las armas antiguas,
puesto el nombre a Rocinante,
pensaba en qué le faltaba
después de auto confirmarse:

«Sólo me queda una cosa,
eso será enamorarme;
si me encuentro por ahí
con un terrible tunante,
lo derribo en el encuentro,
tras rendirlo he de enviarle
y que le diga a mi dama:
“De Malindrancia gigante
a quien venció un caballero,
don Quijote he de nombrarle,
don Quijote de la Mancha,
quien me mandó presentarme
ante la vuesa merced
que disponga a su talante”».

Estando en estos pensares
de Aldonza vino a acordarse,
moza de un pueblo cercano

con la que quiso casarse.
A ella, que nada sabía,
le pareció bueno darle
el nombre de Dulcinea,
y para salir del trance
el nombre de su ciudad
le puso como estandarte,
por lo que ya su señora,
desde allí y en adelante,
Dulcinea del Toboso
para siempre se llamase.

Capítulo II

De la salida primera que nuestro notable hidalgo hiciera desde su tierra.

HECHAS, pues, las prevenciones,
de la manera antes dicha,
no quiso aguardar más tiempo
en hacer lo que debía.

Una mañana temprano,
antes de la amanecida,
sin avisar su intención,
cuando nadie lo veía,
cabalgando en Rocinante,
con todas las armas listas,
dio comienzo a su aventura
con alegría grandísima.
Apenas se vio en el campo,
al poco de la salida,
un terrible pensamiento
llegó de forma imprevista:
caballero no era armado,
y en ley de caballería
tomar las armas contra otros
ni podía, ni debía.

Este fatal pensamiento
ciertas dudas le suscitan,
que muy pronto disiparon
la locura que tenía.
El armarse caballero
debía ser enseguida,
al primero que encontrase
con fervor lo pediría.
Así se tranquilizó
y continuó tal cual iba,
hablando consigo mismo,

diciendo cual quien recita:

«¿Quién duda que con el tiempo
mis aventuras se escriban
y entre otras cosas se cuente
esta primera salida,
y que el autor de la historia
de esta manera lo diga?:

“Cuando el rubicundo Apolo
dejó las hebras tendidas
de sus dorados cabellos
sobre la tierra y la arcilla,
y apenas los pajarillos
a la aurora recibían,
el famoso don Quijote,
que allá en la Mancha vivía,
montó sobre Rocinante
y comenzó por la vía
de los campos de Montiel
su aventura peregrina”.

Dichosa la edad y el siglo
en que las hazañas mías
de ser labradas en mármol
sean mucho más que dignas.
¡Y tú, sabio o encantador,
quienquiera sea el cronista,
no olvides a Rocinante,
compañero de fatigas!»
Y luego siguió diciendo:
«¡Oh, Dulcinea querida,
dueña de este corazón
y de ésta mi alma cautiva!
Mucho daño me habéis hecho
al no aceptar mis caricias,
y no poder presentarme,
y ver con mi propia vista
esa hermosura y donaire
que el no verlos mortifica.
Plegaos a este corazón
que por vos sufre y suspira.»



Con éstos y otros pensares
de una tenor parecida,
caminaba muy despacio
mientras que el sol iba a prisa
y con un ardor tan fuerte
que de una manera limpia
derretiría sus sesos,
si aún algunos tenía.

Hay autores que proclaman,
tras hacer muchas pesquisas,
que su aventura primera,
donde todo se principia,
le acaeció en Puerto Lápice,
en tanto que otros decían
que fue la de los molinos
la que sería la prima;
más lo que yo he averiguado
en las crónicas escritas
es lo que les cuento ahora
de forma clara y concisa.

Cabalgando estuvo el hombre
hasta que anochece el día,
cansado y muerto del hambre
junto con Rocinante iba,
mirando a todas las partes
por si un castillo veía.
Ni majada de pastores
en el campo descubría
donde reposar los huesos
tras llenarse la barriga.
Una posada encontré,
y en caminar se dio prisa,
hasta su puerta llegó
al tiempo que el día se iba.
En llegando hasta la venta,
que a él castillo parecía,
con torres y chapiteles,
y una puente levadiza,
y todos los adherentes

que en las historias les pintan,
se apeó de Rocinante
esperando que saldrían
del castillo algunos mozos
y el caballo tomarían.
Mas, viendo que se tardaban,
él mismo la puerta abrió,
y allí estaban unas mozas,
de esas de la *alegre vida*,
que con unos arrieros
se marchaban a Sevilla,
a las dos, en su locura,
con doncellas confundía.

Al poco un cuerno sonó
de un porquero que venía
acompañando a la piara
de cerdos que mantenía.
Don Quijote se creyó
que aquel cuerno que él oía
eran toques de trompetas
que anunciaban su venida.
Las mozas al ver a un hombre
vestido de aquella guisa
llenas de miedo y pavor
entrarse pronto querían,
don Quijote, coligiendo
el motivo de tal huida,
les dijo a las dos muchachas:

—No fuyan señoras mías
ni teman desaguisado,
mi orden de caballería
daño con vuestras mercedes
nunca lo permitiría,
cuánto más a unas doncellas
de buena cuna nacidas.

Ellas al verse doncellas
no pueden parar la risa,
justo punto en que el ventero
de la posada salía;

era el ventero hombre grueso
y de apariencia pacífica,
que viendo aquella figura
que ante sí mismo tenía,
no siguió el juego a las mozas
y ni esbozó una sonrisa;
y así le habló a don Quijote
con palabras comedidas:

—Si vos posada buscáis
—el buen ventero decía—,
aquí la podéis hallar,
menos lecho (que no había),
de las cosas del yantar
hallará gran demasía.

Viendo el señor don Quijote
del alcaide su hidalguía,
que tal le pareció a él
ventero y donde vivía,
de aquesta parca manera
al ventero respondía:

—Para mí fiel castellano
cualquier cosa bastaría,
mis arreos son las armas
y mi descanso la riña.

Pensó el huésped que el señor
bien confundido lo había,
pues lo nombró castellano,
cual si fuese de Castilla,
más siendo él un andaluz
que nació junto a la orilla
del río Guadalquivir
allá en Sanlúcar bendita.

El ventero le ayudó
sujetándole las bridas,
y una vez que estuvo en tierra,
con voz que apenas se oía,
le encomendó al posadero
cuidar su caballería,
pues era la mejor pieza

que en el orbe encontraría.

El ventero lo miraba,
no tan bueno parecía
el rocín que don Quijote
con afán enaltecía,
mas sin reparar en ello
se fue a la caballeriza,
y volvióse a ver al huésped
por si algo le requería.

Desarmar al caballero
las dos mozas pretendían,
mas ni gola ni celada
de su cabeza salían
por mor de aquel atadizo
malhecho con verdes cintas;
necesario era cortarlas,
algo que él no lo quería
y con la celada puesta
esa noche dormiría.

Y, como él a las dos mozas
todavía confundía
con señoras principales,
les recitó unas letrillas
acerca de Lanzarote
en romance o poesía,
descubriéndoles su nombre
algo que no pretendía
hasta que hiciera una hazaña
y de ese modo servir las.
Las mozas poco avezadas
en tales palabrerías
le preguntaron sin más
si comer le apetecía.

—Cualquiera pobre comida
con gusto yo yantaría
porque a lo que yo me entiendo
mucho al caso a mí me haría
—respondióles don Quijote
a las dos traviesas niñas.

Que ese día fuese viernes
fue su desgracia o su dicha
pues sólo había en la venta
pescado como comida,
del que llaman abadejo
en las tierras de Castilla
y bacalao lo llaman
si estás en Andalucía.

Así, que le preguntaron
que si truchuelas quería,
y él les respondió que pronto;
y de una forma sencilla,
las pusieron en la mesa
que ya sonaban sus tripas.

Puesta la mesa a la puerta
donde corría la brisa,
trajo el ventero porción
sacada de la cocina:
bacalao remojado,
peor cocido sería,
un buen pedazo de pan
negro de carbonería.
Ver comer a don Quijote
era cosa de gran risa
pues con la celada puesta
nada meterse podía
si es que otro no se lo daba
y en boca se lo ponía.

Mientras una de las mozas
al caballero servía,
el ventero con gran maña
una caña introducía
para poderle colar
el fermento de la viña.
Don Quijote soportaba
con la paciencia infinita
a fin de que no rompieran
de la celada las cintas.

En esto llegó a la venta

un castrador con cuchilla
que hizo sonar un silbato
en cuatro o cinco metidas.
Que estaba en grande castillo
don Quijote así confirma
pues con sones de fanfarria
mientras come, le servían:
el bacalao era trucha,
trucha la más exquisita,
aquel negro y duro pan
algo que el hipo te quita,
el ventero un castellano,
las dos mozas bellas ninfas,
así por bien empleada
él ha dado su salida.

Capítulo III

De la graciosa manera que en armarse caballero don Quijote a bien tuviera.

UNA vez la cena acaba
entra en la caballeriza,
se encierra con el ventero
y tras clavar la rodilla
con angustia y vehemencia
de esta manera suplica:

–Jamás me levantaré
de aquesta actitud solícita,
valeroso castellano
concededme lo que os pida.

El ventero al ver al huésped
abrumado y de rodillas,
confuso y sin entender
al suyo ruego accedía.

–De vos no esperaba menos
–don Quijote respondía–;
mañana por la mañana,
tras pasar noche en capilla
quiero me arméis caballero
aquí mesmo en esta villa.

El bueno del posadero,
que ya barrunto tenía
de su falta de cordura,
a su petición cedía.
Quiso seguirle el humor
hilvanando la mentira
de que él en su juventud
en el compás de Sevilla,
azoguejo de Segovia,
de Granada en su rondilla,
por la playa de Sanlúcar

y en Toledo en las ventillas,
bien se había ejercitado
en esa caballería,
y conocía por ello,
de forma clara y precisa,
de todos los requisitos
que el armarlo requería;
mas, como por unas obras,
no estaba útil la capilla,
pidió velara las armas
en el patio de la finca
y por la mañana hacer
las ceremonias debidas.
Y le preguntó el ventero
si lleva dinero encima;
que no traía ni blanca,
don Quijote le diría,
porque nunca había visto
en las historias escritas
que un andante caballero
llevara ni calderilla.
El ventero le repuso
que eso nunca se escribía:
tan elemental cuestión
ya se daba por sabida,
igual que llevar consigo
alguna camisa limpia,
y asimismo en una arqueta
ungüentos y medicinas
para poderse curar
si recibían heridas;
por ello en la antigüedad
llevaban en la mochila
dineros y los ungüentos,
y también algunas hilas;
y le daba por consejo
que en próximas correrías
siempre llevara consigo
las prevenciones descritas.

Don Quijote asió sus armas,
las puso sobre una pila,
tomó en un brazo la adarga,
la lanza en otro tenía,
comenzando a pasearse
a esperar el nuevo día.

Mas ocurrió que un arriero
que de la venta salía
para dar agua a su recua,
sin saber bien lo que hacía,
retiró todas las armas
que estaban sobre la pila,
ante lo cual don Quijote
le hablaba de aquesta guisa:

—¡Eh, tú, quienquiera que seas,
si no quieres ir sin vida
no intentes tocar las armas,
vete con cuidado y mira
al más valeroso andante
que en todo este mundo habita!

Y no se curó el arriero,

no se tardó ni una chispa
en retirarle las armas
de lo alto de aquella pila.
Al ver esto don Quijote,
al cielo alzando la vista
y pensando en Dulcinea,
desta manera decía:

—¡Acorredme mi señora,
ayuda, señora mía!,
en esta primera afrenta
deste que me desafia;
que vuestro amparo y favor
ahora se necesita.

Soltó la adarga en el suelo
y la lanza puso arriba,
dando un golpe al arriero
la cabeza le partía,
dejándole tan maltrecho
que segundo no precisa,
pues si se lo hubiera dado
ya nadie lo curaría.



Acabada la faena
vuelve a poner en la pila
las armas que el arriero
de allí las quitado había.
Tornó luego a pasarse
como primero lo hacía,
y al instante un nuevo arriero,
sin saber lo que ocurría,
quería hacer con las armas
una cosa parecida.

Sin que mediase palabra
la misma batalla libra
don Quijote con el hombre
que tuvo tal osadía;
rompiéndole la cabeza
de una manera melliza
a la del primer arriero,
dejándolo de igual guisa.
Ante el ruido provocado
muchas gente acudiría,
entre todos el ventero
junto con ellos venía.
Visto esto por don Quijote
la adarga la embrazaría,
puesta la mano en la espada
así a todos recibía:

—¡Dueña de la fermosura
que mi corazón asista,
vuelve ojos de tu grandeza
que al caballero cautivan,
y ayuda para que afronte
esta acción con valentía!

Con esto cobró tal brío
que con todos lucharía,
aunque fuesen mil arrieros
paso atrás nunca daría.

Compadres de los heridos,
cuando vieron las heridas,
las piedras llueven sobre él

para provocarle la huida.
Más no conocen muy bien
a quien es su antagonista:
tras su adarga puesta en alto
don Quijote se escondía
sin desamparar las armas
que estaban sobre la pila.
El ventero daba voces,
de su locura advertía,
y que, aunque a todos matase,
por loco se libraría.
Más alto habló don Quijote,
de todo los llamaría:
unos malvados traidores
que hacen con alevosía;
y del señor del castillo
terribles cosas decía,
que es follón y mal nacido
pues esto lo consentía,
sin embargo, si él ya la orden
la tuviese recibida,
muy buena cuenta de todos
en poco rato daría.

—Pero de todos vosotros,
la más baja villanía,
no hago caso de ninguno:
mira, llega, ven y tira,
ofendedme lo que os plazca,
bien a todos pagaría
por vuestra grande sandez
y vuestra tal demasía.

Todas estas palabras,
en los que las piedras tiran
infundían gran temor,
lo que a retirada obliga.
Tras llevarse a los heridos
solo el ventero estaría
a quien la burla del huésped
muy poco le apetecía,

y antes de nueva desgracia
con afán se proponía
abreviar y darle la orden
negra de caballería.

Disculpóse el posadero
de la afrenta recibida,
díjole que en el castillo
como capilla no había,
lo que quedaba de hacer
allí mismo se podía,
que en el velar de las armas
la hora está más que cumplida.
Todo creyó don Quijote
y presto obedecería
por ver si con rapidez
del embrollo se salía,
pues si ya estuviere armado
no dejaría alma viva,
a no ser aquellas que
el castellano le pida.

Advertido ya el ventero,
un libro grande cogía,
donde asentaba la paja
que a los arrieros vendía,
y sosteniendo en la mano
un cabo de vela fina,
estando también presentes
las dos mozas antes dichas,
con grande prosopopeya
a don Quijote se arrima,
al cual coloca en el suelo
mandando hincar las rodillas.
Y leyendo en su manual
como aquél que oraba hacía,
en mitad de la leyenda
pescozada le daría,
y tras dicha pescozada,
usando su espada misma,
dio gentil espaldarazo

que caballero lo hacía.

Una de las dos muchachas,
aguantándose la risa,
le ceñiría la espada
y le calzó las espigas
propias para espolear
al rocín en la barriga.
Se acabó la ceremonia
a galope y a toda prisa;
por montar en Rocinante
don Quijote ya suspira.

Raras palabras habló,
imposible referirlas,
el ventero en brevedad
con las suyas respondía
dándole buenos consejos
con poca palabrería,
y sin pedirle la costa
que marchase permitía.

Capítulo IV

De aquello que sucedió a nuestro gran caballero cuando la venta dejó.

SERÍA la hora del alba
cuando salió de la venta
tan gallardo, tan feliz,
en actitud tan contenta
que revienta de su gozo
las ropas que lleva puestas.
Para acomodo de todo
quiere volver a su aldea,
hacia allá se dirigía
al mismo tiempo que piensa
en esos sabios consejos
que del castellano oyera.

No mucho que había andado
cuando mirando a su diestra
oyó los quejidos de alguien
que vienen de la foresta.

—Gracias al cielo le doy,
sin duda voces son éstas
de alguno menesteroso
que a mi labor bien se presta
—dijo el señor don Quijote
al tiempo que al bosque se entra.

Una yegua atada a un árbol,
en otro y de igual manera
un muchacho jovenzuelo
con la carne descubierta
recibiendo los azotes
que vienen de la correa
de un forzado labrador
que con denuedo le pega,
al tiempo que repetía:

—Ojos listos, lengua queda.
Viendo aquesto don Quijote
con airada voz le espetó:
—Caballero descortés,
o lo que quiera que sea,
mal parece desquitarse
con quien no opone defensa.
Tomad presto vuestra lanza
que la mía ya está presta.

Ante tamaña figura,
que de armas va tan repleta,
muerto se ve el labrador
y responde con destreza
siempre con buenas palabras,
siempre con palabras buenas:

—Mi muy señor caballero,
éste que recibe afrenta
es un criado más que vago
que cuida de las ovejas
y cada día que pasa
una de menos encierra,
y al castigar su descuido
de mala forma contesta
diciendo que no le pago
la soldada que yo deba,
y por Dios, y por mi ánima,
es preciso que éste mienta.

—¿Miente delante de mí?
¡Por el sol que nos calienta!
Pasaros de parte a parte
usando la lanza aquesta,
es uno de los pensare
que pasa por mi cabeza.
Páguesele a ese muchacho
y desatadle las cuerdas
si es que no queréis morir
con todas las tripas fuera.

Asustado el labrador
palabra no respondiera

y desató a aquel muchacho
corriendo a toda la priesa,
al que don Quijote inquiera
a cuánto asciende la deuda

–Nueve meses sin la paga
de siete reales quedan
–entre gritos y sollozos
el muchacho le contesta.

Sin necesidad del lápiz
don Quijote hace la cuenta
por lo que la deuda llega
a tres más de los sesenta.
Conminóle al labrador
a que la cuenta rindiera
so pena de morir pronto
de tal modo que una fiera.

Medroso estaba el deudor
y regatear intenta:
de tres pares de zapatos
deben de hacerse la resta,
también de varias sangrías
un real por cada de ellas.

–Todo eso muy bien estaba
–don Quijote da respuesta–:
el cuero de los zapatos
por el de su carne cuenta,
la sangría cuando enfermo
por la que ahora sufriera,
así que nada le debe,
la cuenta ya estaba hecha.

El labrador le replica
que allí dinero no lleva
y le pide al mozalbete
que con él a casa fuera,
que todo le pagaría
moneda sobre moneda.

El receloso muchacho
no quiere coger vereda
pues teme que el labrador

pronto a las andanzas vuelva
cuando don Quijote marche,
y esté solo, y no lo vea.

–En todo lo que yo mande,
en todo respeto tenga
que es hidalgo el caballero
que aquí mismo se lo ordena.

El labrador cabizbajo
allí mismo hace promesa,
y con ello don Quijote
grandemente se contenta,
no sin antes advertirle
de los peligros que lleva
no cumplir lo prometido,
no cumplir con la promesa,
pues volverá para ver,
y si esto así sucediera
grande sería el castigo
que el labrador recibiera,
buscaría y lo hallaría
por mucho que se escondiera.
A los dos hace saber
que el que lo dice y lo ordena,
don Quijote de la Mancha,
el de la Mancha manchega,
agravios y sinrazones
con valor los desfaciera,
valeroso caballero
allá donde los hubiera.
Acabadas sus palabras
pica al caballo y se aleja.

Con los ojos lo siguió
aquél que labra la tierra,
y cuando lejos lo vio
al muchacho manos echa;
lo vuelve a atar en un árbol
y vuelve a usar su correa,
dándole tantos azotes
que casi muerto lo deja,

pasados unos momentos
lo desató de las cuerdas.

Que buscará a don Quijote
el muchacho juramenta
y que volverá con él
a que le ajuste las cuentas.
El muchacho va llorando,
riendo el amo allí se queda.

Poco a poco don Quijote
deja las tierras aquellas,
cabalgando en Rocinante
va pensando en Dulcinea
y recuerda a media voz
la promesa que le hiciera
de estar sujeto y rendido
a la bella entre las bellas,
y que hace muy poco tiempo
un entuerto desfaciera
liberando a un tierno infante
de una crueldad tan extrema.

En esto llega a un camino
que en cuatro se dividiera,
en pasar la encrucijada
como caballero piensa,
mas por a otros imitar
por espacio piensa y queda,
al rato de estar así
que el rocín decida deja,
éste no toma camino
que el de su aldea no sea.

Con grupo de mercaderes
que van en busca de seda
don Quijote, ensimismado,
de repente se tropieza,
eran seis los principales
más unos criados que llevan:
tres de a pie, cuatro cabalgan
en caballerías nuevas.

Afirma bien los estribos

y la lanza bien aprieta,
puesto en mitad del camino
a que ellos lleguen espera,
en ademán arrogante
a los que llegan vocea:

—Que todo el mundo se pare,
que aquí mesmo se detenga,
si después de oírme a mí
todos juntos no confiesan
que no hay mujer más hermosa
que la singular doncella,
la emperatriz de la Mancha,
la muy sin par Dulcinea,
Dulcinea del Toboso,
mi fiel señora, mi reina.

Pararon los mercaderes
todos llenos de extrañeza
y uno, que era muy burlón,
respondió de esta manera:

—Nosotros no conocemos
quién es la señora buena,
mostradnos un su retrato
por muy pequeño que sea
que por el hilo, señor,
se sacará la madeja.

Y aunque el retrato nos diga
que es coja, encorvada y tuerta
por complaceros a vos
diremos lo que convenga.

—Canalla, infame, traidor,
ni corcovada, ni tuerta,
más que huso de Guadarrama
mi señora es de derecha.
Mas sin perder un minuto
pagaréis cara la afrenta.

En diciendo estas palabras
a Rocinante espolea
dirigiéndose al burlón
clavarle la lanza intenta,

pero a mitad de camino
Rocinante va y tropieza
y nuestro gran caballero
da con sus huesos en tierra.
Cayeron caballo y amo
en medio de la vereda,
intentóse levantar
mas la suerte le fue adversa.

—Non fuyáis gente cobarde,
que en esta pose me vea
no es culpa del caballero
sino del rocín que lleva.

Un mozo de los de mulas
hasta el caído se acerca,
hace pedazos la lanza
y a darle golpes comienza
hasta dejarlo molido
cual trigo que pasa piedras.
Los suyos amos le gritan
que deje de darle leña
mas, como estaba picado,
de golpearlo no cesa
hasta que pueda calmar
esa ira que dentro lleva.

Ante tanta tempestad
don Quijote no se queja
mas al contrario les grita
que pagarán su torpeza
y amenaza contra el cielo,
contra cielo y contra tierra,
y contra estos malandrines
que maltrecho allí lo dejan.

Cansado ya de zurrar
el mozo ya no le pega,
los mercaderes siguieron
el camino que trujeran.

Capítulo V

*Se sigue la narración
de la tan grande desgracia
que don Quijote sufrió.*

VIENDO el señor don Quijote
no poderse levantar
echa cuentas y recuerda
historias de tiempo atrás;
la su locura le trajo
algunas que recordar.
Valdovinos y el marqués
en suya mente entrarán
pues como molde le vienen
para lo que pasó acá.

Recitó todo el romance
desde la pe hasta la pa:
«¡Oh noble marqués de Mantua
mi tío y señor carnal!»,
en llegando aqieste verso
por allí acertó a pasar
un labrador, su vecino,
que habitaba en su lugar
y preguntóle al herido
que cuál era el suyo mal.
Confundióle don Quijote
con aquel tío carnal
del señor marqués de Mantua,
y volvióse a recitar
los versos de aquel romance
que cantaban su pesar.

El labrador que lo oyera
la visera fue a quitar
y tras limpiarle su rostro
con Quijana fue a topar
(que cuando juicio tenía

así lo usaban nombrar);
hízole algunas preguntas,
él no respondía a tal,
seguíá con el romance
un verso y otro detrás.

Al esto ver el buen hombre
lo comienza a examinar
comprobando no hay heridas
ni de la sangre señal,
subiéndolo en su jumento
con mucha dificultad,
y recogiendo las armas
comienzan a caminar.

En el camino de vuelta
no cesa de suspirar
y el labrador, su paisano,
le pregunta por su mal,
que recuerda a don Quijote
nuevos cuentos que contar,
ahora es Abindarráez
y al labrador dio en llamar
don Rodrigo de Narváez
alcaide para olvidar,
por ello a nuevas preguntas
siempre vuelve a contestar
con las historias leídas
sobre el arte de luchar.

El labrador, Pedro Alonso,
ya cuenta se viene a dar
que el pobre señor Quijano
tiene locura de atar
y por ello se da prisa
por pronto al pueblo llegar.
Una vez llegada la hora
de la oscura oscuridad,
con sigilo y sin alardes
al caballero hace entrar
en la suya propia casa
que muy alborotada está.

Platicando allí se encuentran
el cura de ese lugar,
con el ama y la sobrina
y maese Nicolás,
hablaban de las lecturas
que leía sin parar
antes de desaparecer
el que en la puerta ya está,
que eran libros del demonio
al que llaman Satanás,
que debían ser echados
a un fuego en el que abrasar.
El labrador que esto oía
comprende la enfermedad
y así, de aquesta manera
les comienza a vocear:

—Abran las puertas señores,
ábranlas por caridad,
el señor de Valdovinos
está presto para entrar
que viene muy malferido,
que viene ferido mal.

Ante las voces que oían
todos a la puerta van
reconociendo a su amigo,
al amo y al tío carnal,
todavía en su jumento
por no poderse bajar.
Corriendo se acercan prestos
para poderlo abrazar,
mas él con una voz débil
allí los mandó parar,
y con tono lastimero
a todos quiso informar
que por culpa del caballo
en aqueste estado está,
que lo lleven a su lecho
si es posible hacerlo ya,
y que la gran sabia Urganda

pronto lo venga a curar.

Llevaronle hasta su cama,
comiéndanle a preguntar,
de mil preguntas que hicieron
ni una quiso contestar,
sino que le den comida
y lo dejen acostar
para que duerma un gran sueño
que es lo que le importa más.

De todo lo sucedido
al cura informe le dan,
el labrador le contó
de cómo lo fue a encontrar
y los muchos disparates
que al hallarlo y al cabalgar
le dijera don Quijote
sin un momento parar.
Deseos da al licenciado
de hacer lo que luego hará
que fue llamar al barbero,
a maese Nicolás,
y a casa de don Quijote
él se marchó con el tal.

Capítulo VI

Del escrutinio donoso que hicieron cura y barbero de libros del ingenioso.

DON Quijote aún dormía
cuando el cura regresó;
dónde estaban esos libros
al ama le preguntó,
diéronle todas las llaves,
en un aposento entró,
más de cien cuerpos de libros
de los grandes encontró,
así otros muchos pequeños,
cuántos no sabría yo.

Con hisopo y agua bendita
el ama pronto tornó
pretendiendo que espantara
a cualquier encantador
que se escondiera en los libros
que don Quijote leyó.
Que traiga todos los libros
al barbero le mandó
y él, uno a uno los trajo,
incluso de dos en dos,
por ver de qué se trataban
los títulos repasó.

—No hay tan siquiera ni medio
que se merezca el perdón
—dijo la noble sobrina—,
que de todos fin mejor
es echarlos en la hoguera
para que ardan en montón.

Uno de Amadís de Gaula
el barbero le entregó
el ser primero en su género



de las llamas lo salvó,
mas otros que aparecieron
por la ventana tiró.
Pocos fueron los salvados
del incendiario furor
sólo quedaron aquéllos
considerados mejor
bien por el contenido
o conocencia de autor.

Tirante el Blanco el primero
con Amadís se quedó,
el Palmerín de Inglaterra,
Diana de Montemayor,
los diez libros de Fortuna,
de Fortuna y del amor,
cancionero Maldonado,
que de Filia era el pastor,
la novela Galatea,
libro de grande invención;
la Araucana, la Austriada,
el Monserrate, señor,
grandes por su poesía,
muy famosos los tres son;
y Las lágrimas de Angélica,
si se queman, lloro yo.
Y rumiando estas palabras
el cura finalizó
de hacer el grande escrutinio
de los libros que guardó,
que de todos los restantes
no responderá este autor,
pues todos fueron quemados,
quemados sin remisión,
con lo que pagan a un tiempo
libro justo y pecador.

Capítulo VII

*De la segunda salida
que nuestro gran caballero
hiciera con grande dicha.*

AL despertar don Quijote
forma grandísimo estruendo,
al cuarto todos acuden
y lo encuentran tan despierto
como si por nunca hubiera
dormido con gran sosiego.
A la par barbero y cura
lo devuelven a su lecho,
cuando ya estuvo tranquilo
aparecen los recuerdos
de la batalla que tuvo
con los vivos y los muertos,
el bastardo de Roldán
que con modos truculentos
lo ha molido y quebrantado
en la carne y en los huesos;
mas le dieron de comer
y se durmió tan contento.

Aprovechando la noche
le tapian el aposento
donde guardaba los libros,
aquéllos tan traicioneros
que le trocaron en todo
el muy su noble cerebro,
así matando la causa
no perdurase el efecto.

Pasados un par de días
se levanta el caballero,
ir en busca de sus libros
fue lo que quiso primero.
Que dónde estaban sus libros

quiere del ama saberlo,
ésta, que estaba advertida,
dice que aquel diablo mesmo
todito se lo llevó,
los libros y el aposento.
Su sobrina que lo oía
replicó con algo nuevo:
y es que fue un encantador
el que se metió allí adentro
y a cabo de poca pieza
por tejado fue corriendo,
y al acordarse de ver
el gran mal que dejaba hecho
ya no encontraron los libros
ni tampoco el aposento,
tan sólo se le recuerdan
las palabras de aquel viejo
que por grande enemistad
que tenía con el dueño
fue por lo que lo hizo todo,
todo aquesto y todo aquello,
y dijo que se llamaba
un nombre de mal recuerdo:
el gran sabio Muñatón
que él debía conocerlo.

—Más bien diría Frestón,
aquél del encantamento,
un grande enemigo mío
que apadrina a un caballero
—concluía don Quijote—
al que tengo que vencerlo,
y no lo podrá evitar
ni con la ayuda del cielo.

De que no entrase en pendencies
su sobrina da consejo,
don Quijote no la escucha,
sigue en lo suyo creyendo.
Durante noches catorce
don Quijote estuvo quedo

y parecía olvidado
de su primer devaneo,
dichos días los pasó
contando graciosos cuentos
con el su compadre el cura
y con su amigo el barbero.

En este tiempo él habló
con un vecino labriego,
hombre de poca mollera
pero de corazón bueno.
Tanto dijo y prometió
que quiso ser su escudero;
entre otras muchas razones
prometió darle gobierno
de una ínsula que ganasen
en el combate primero.
Sancho Panza se llamaba
quien sería su escudero,
hijos y mujer dejara
por seguir al caballero.

Tras ello dio don Quijote
orden de buscar dineros,
cosas vende y malbarata,
otras las llevó al empeño
y consigue cantidad
razonable con esfuerzo.
Arreglada su celada,
preparados los pertrechos,
comunica a Sancho Panza
hora y día del momento
en que los dos partirán
buscando grandes eventos.
A la su memoria viene
lo que le dijo el ventero,
sobre lo que ha de llevar
y en todo sigue consejo,
y le dice a Sancho Panza
que lleve alforja y sombrero,
y Sancho le añadiría

un asno como jumento,
ya que siempre ir caminando
no es cosa de un hombre cuerdo.
Sin despedirse de nadie
al ser de noche salieron;
cabalgando y cabalgando
recorrieron largo trecho
y así les pasó la noche
hasta que amanecer vieron,
entonces amo y sirviente,
en llegado ese momento,
de que no los hallarían
por seguros se tuvieron.

Por los campos de Montiel
cabalgando va de nuevo,
la pesadumbre es menor
que en aquel viaje primero,
ahora le daba el sol
y se fatigaba menos.
Sancho que va pensativo
expresa así su deseo:

—Míreme vuestra merced,
mire, señor caballero,
que no se llegue a olvidar
de aquella ínsula o del reino
que por muy grande que fuere
gobernaré con esmero.

—Has de saber Sancho Panza
que cumplo lo que prometo
y hacerte gobernador
determinado ya tengo.
Y no haré como los otros,
no te lo daré de viejo,
seguro que en días seis,
poco más o poco menos,
unos reinos ganaré
y cual tales caballeros
te tengo que coronar,
coronarte de uno dellos,

fácilmente podré darte
mucho más de lo dispuesto.

Siguieron conversación
sobre aquestos presupuestos:
su mujer así sería
reina de aquel mismo reino
y los sus hijos infantes,
todos de grande abolengo,
mas Sancho empieza a dudar,
no lo tiene todo cierto,
a su mujer no ve reina,
le falta conocimiento.

Don Quijote le conmina
a que no se vaya a menos
y Sancho queda tranquilo:

—A Dios y a vos lo encomiendo
—éstas fueron sus palabras
una vez oído aquello.

Capítulo VIII

De la nunca imaginada aventura con molinos que don Quijote forjara.

A lo lejos divisaron,
cuando conversando estaban,
treinta o cuarenta molinos
que aquellos campos poblaban.
Así los vio don Quijote,
se dirigió a Sancho Panza:

–La suerte nos va rigiendo
mejor que lo deseara,
con esos treinta gigantes
pienso entablar gran batalla.

–¿Qué gigantes? –dijo Sancho.

–Aquéllos de enorme traza
–respondióle don Quijote
al tiempo que resoplaba.

–Mire bien vuesa merced
y no confunda las aspas
con brazos de unos gigantes
que no sé de dónde saca,
que son molinos de viento,
y las antes dichas aspas
mueven la piedra gigante
donde muelen la cebada

–con buen criterio y opinión
observaba Sancho Panza.

–Bien se ve que de aventuras,
amigo, no sabes nada.
Ellos son fieros gigantes
y antes que de aquí se vayan
con ellos quiero librar
fiera y desigual batalla.
Si tanto miedo te dan

ponte y reza una plegaria.

Acabadas de decir
las antedichas palabras
espuelas da a Rocinante
y a los molinos avanza
sin atender los consejos
que Sancho Panza le daba,
antes bien, iba diciendo
con voces más que alteradas:

–Non fuyáis cual los cobardes,
que con uno sólo basta,
y aunque los brazos mováis
quien me la hiciere, la paga.

Se encomienda a Dulcinea,
en ristre lleva la lanza,
cubierto de su rodela
al primer molino ataca.
Embistió con grande fuerza,
a un aspa da una lanzada,
el viento que la movía
lo vuelve con furia tanta
que la lanza hace pedazos
y muy maltrechos rodaban
el caballo y el caballero
cual si troncos se trataran.
Acude Sancho corriendo
a socorrer tal desgracia,
reclama a don Quijote
el no hacerle caso en nada,
el caballero se exculpa
y de esta manera le habla:

–Son las cosas de la guerra
las sujetas a mudanza,
seguro que el gran Frestón,
el que mis libros robara,
aquestos grandes gigantes
en molinos los tornara,
por quitarme a mí la gloria
de vencerlos en batalla,



mas poco le han de valer
las tuyas artes tan malas
contra aqueste caballero
y la bondad de su espada.

—Que Dios lo haga como pueda
—respondióle Sancho Panza.

Ayudóle a levantarse
del lugar do se encontraba
y lo montó en Rocinante,
medio despaldado estaba.
Hablando marchan los dos
de la aventura pasada,
camino de Puerto Lápice
más aventura buscaban,
por ser lugar pasajero
seguro que la encontraban.
Mas él iba pesaroso
porque le falta la lanza,
en esto vino a acordarse
de Diego Pérez de Vargas,
valeroso caballero
que habiendo roto su espada
cogió el tronco de una encina
y como aquella la usara,
machacando tantos moros
que Machuca lo llamaran,
y desde entonces por siempre
al apellido de Vargas
añadiéronle Machuca,
y todos los de su casta
y sus muchos descendientes
Vargas Machuca se llaman.

Habló Sancho de comer,
pues el estómago le habla;
que coma lo que le antoje
y cuanto le venga en gana,
le respondió don Quijote
pues él, no tomará nada.
Acomodóse en jumento

lo mejor que aquello daba,
algo que echarse a la boca
de las alforjas sacaba,
él iba detrás de su amo
mientras la bota empinaba.
Iba el hombre tan a gusto,
de forma tan regalada,
que de todas las promesas
de ninguna se acordaba.
Ir en busca de aventuras
por trabajo no lo daba,
sino por mucho descanso
aunque la piel peligrara.

Pasaron aquella noche
en una zona arbolada;
don Quijote desgajó
de uno dellos una rama,
bien le podría servir
para hacerse nueva lanza,
colocando el viejo acero
de la que estaba quebrada.
Toda la noche se fue
sin que diera cabezada
pensando en su Dulcinea,
en su señora, su dama.
Durmiendo a la pierna suelta
así estuvo Sancho Panza
con la barriga bien llena
no precisamente de agua,
nada podrá despertarle
si es que el amo no lo llama.
Echa mano de su bota
la cual encuentra más flaca,
se le afligió el corazón
¡cómo remediar su falta!
Nada comió don Quijote
porque, como dicho estaba,
de sus sabrosas memorias
él sólo se alimentaba.

Tornaron a su camino,
siguieron la cabalgada,
y alrededor de las tres
en Puerto Lápice estaban.
Don Quijote dio en hablar
y advertir a Sancho Panza
que nunca lo defendiera
ni hiciera uso de la espada,
si no se viera atacado
por una infame canalla,
mas contra los caballeros
debe mantenerse a raya.
Sancho siempre respondía
que ni divinas ni humanas
podrían ser las razones
por las que así se actuara,
y que sólo él actuaría
si su persona agraviaran.

Siguen la conversación
y, mientras en ésta estaban,
dos frailes de San Benito
a lo lejos divisaban,
tras ellos venía un coche,
acompañado llegaba
de cuatro o cinco a caballo
y de dos mozos de cuadra.

En el coche hacia Sevilla
una señora viajaba,
los frailes no van con ella,
que para el caso, igual daba.

—O yo me engaño, buen Sancho,
o la aventura soñada
aquí mesmo la has de ver
en cuanto acabe palabras,
pues esos dos bultos negros
son una gente encantada
que llevan a una princesa
en ese coche raptada.

—Mire, señor, que son gentes

en San Benito ordenadas,
y los del coche viajeros,
mida bien aquello que haga,
no sea que por el diablo
su persona fue engañada
—replicóle el escudero
mientras él se adelantaba.

En la mitad del camino
don Quijote se paraba
y cuando los tuvo cerca
les manifestó en voz alta:

—Gentuza descomunal,
descomunal y endiablada,
dejad presto a esas princesas
a las que lleváis forzadas,
si no pretendéis morir
por las vuestras obras malas.

Detuviéronse los frailes
y las riendas las soltaban,
y quedaron admirados
por la razón expresada
y también por la figura
que don Quijote les daba.
Respondieron que ellos dos
no eran gentes endiabladas,
mas frailes de San Benito
que por su camino marchan
sin saber si en ese coche
llevan princesas raptadas.

—Para conmigo señores,
no existen palabras blandas;
que yo ya bien os conozco,
muy fementida canalla
—dijo el señor don Quijote
y sin más respuesta ataca.

Contra el primero arremete
que al verlo, del mulo salta,
pues si así no hubiere actuado
lo atraviesa con la lanza.

El otro, al ver tal suceso,
huía por la campaña,
corriendo a todo correr
de los ataques escapa.
Sancho pronto se acercó
al que caído ya estaba,
comenzó a quitar los hábitos
cuando los mozos llegaban,
que extrañados de aquel caso
a Sancho le preguntaban
que por qué buena razón
al fraile lo desnudaba.
Él contestó sin reparo
que era lo que le tocaba
en legalidad después
de la batalla ganada.

Ellos no saben de burlas,
de despojos, ni batallas,
dan con Sancho por los suelos
sin dejarle pelo en barba.

Sin detenerse ni un punto
el fraile a la mula salta,
picó tras su compañero
que a buen trecho lo esperaba.
Todos se marchan de priesa
y el fin de aquello no aguardan,
haciéndose cruces miles
como si el diablo llevaran
siguiéndoles tras de sí,
pegadito a sus espaldas.

Entretanto don Quijote
con la señora ya hablaba:

—Esta vuestra fermosura
mi señora, se proclama,
puede hacer con su persona
aquello que más le plazca
pues los suyos robadores
ya por esos suelos andan
que todos fueron batidos

por éste que ahora os habla,
y porque nunca penéis
porque no sepáis mi gracia,
he de deciros mi nombre,
don Quijote de la Mancha,
que siempre será cautivo
de la más hermosa dama,
Dulcinea del Toboso,
la por todos admirada.
Por pago del beneficio
éste sólo le reclama
que se presente ante aquella
y manifieste con ganas
lo fecho por conseguir
su libertad deseada.

Lo dicho por don Quijote
los presentes escuchaban.

Escudero vizcaíno,
vizcaíno de Vizcaya,
acercóse a don Quijote,
y asiéndole de la lanza
hablóle en mezcla de lenguas,
vizcaína y castellana:

—Anda tú que tú mal andes,
por el Dios que nos ampara
que si no dejas el coche
vizcaíno así te matas.

Entendióle don Quijote
las palabras mal habladas.

—Si caballero tú fueras
ya estarían castigadas
tu osadía y tu sandez
y tus horribles palabras.

A lo que dijo el Quijote
replicóle el de Vizcaya:

—Tan mientes como cristiano,
tiras lanza y saca espada
que tal cual el gato llevas
cuán presto verás el agua,

vizcaíno por la tierra,
por la mar la gente hidalga.
Mira si otras dices cosas,
que mientes más de lo que hablas.

Poco dijo don Quijote
sino que arrojó la lanza
embrazando su rodela,
desenvainando su espada,
arremete al vizcaíno,
quitarle la vida trata.
Éste que lo vio venir
la suya también la saca
y utilizó como escudo,
del carruaje una almohada.

Como enemigos mortales
uno al otro se abalanzan,
quieren ponerlos en paz
mas las razones trabadas
que decía el vizcaíno
impidieron que cuajara,
pues él mismo ha de matar,
con inclusión de su dama,
a todo el que le estorbase
si acabar no lo dejaran.

La rigurosa contienda,
esa lucha encarnizada,
desde una cierta distancia
por todos era observada.

Al principio de los lances
el vizcaíno le daba
al pobre de don Quijote
una horrible cuchillada,
que si no es por la rodela
en dos partes lo cortara.
Ante tanta pesadumbre
don Quijote se quejaba:

—¡Oh señora Dulcinea,
oh mi señora del alma,
socorred al caballero

que en aqueste trance se halla!

Cubrirse bien de rodela,
apretar fuerte la espada,
todo ello se hizo en un tiempo
en dichas esas palabras,
se encontró fortalecido
y muy convencido estaba
de que con un solo golpe
con el de enfrente acababa.

Igual determinación
el de Vizcaya tomaba,
no pudo mover la mula
que ya estaba muy cansada,
en quietud espera al otro
con su espada levantada,
y todos los circunstantes
muy temerosos estaban,
y en actitud religiosa
al cielo elevan plegarias.

Mas en este punto y término,
que es la parte que más daña,
el autor de aquesta historia
nos deja con la batalla
pendiente de solución,
diciendo que más hazañas
de don Quijote no halló
por mucho que las buscara.

Mas el posterior autor
que este texto pergeñara
nunca creyó que al olvido
esta historia fue entregada,
ni que no fuesen curiosos
los ingenios de la Mancha,
ni que no hubiera papeles
que de don Quijote hablaran;
así se puso a buscar
lo que con el tiempo hallara,
el final de aquesta historia
que a medias queda contada.